

DRACULA

ENSAYO SOBRE

1 ¿DRACULA DETENIDO EN NUEVA YORK?

Hace unos años, según nos cuenta Jean Boulet, dibujante y vampirólogo, la policía de Nueva York hizo algo que, al parecer, hace frecuentemente: detuvo a un joven puertorriqueño. Sólo que el problema esta vez resultó ser un poco más grave que otras. O, por lo menos, no tan rutinario.

—Yo —dijo al policía el joven y apuesto boricua— soy el Conde Drácula. Me río de vuestra silla eléctrica porque soy inmortal, y os ruego que me consideréis el rey de los vampiros.

No es seguro que se confirmara tan extraña identidad, a pesar de que, por lo que dicen los testigos del hecho, el joven vestía ropas altamente draculianas. Por lo demás, el parecido empezaba y terminaba en los fúnebres hábitos, los cuales, como se sabe, no hacen al monje y, por tanto, tampoco al vampiro... Pero, ¿cuál es la «vera efigie» del Conde Drácula? ¿Habrá que imaginárselo a lo Bela Lugosi? ¿A lo Christopher Lee? Desde luego, no: empezando porque el Conde Drácula disponía de unos grandes bigotes.

2 RETRATO DE DRACULA

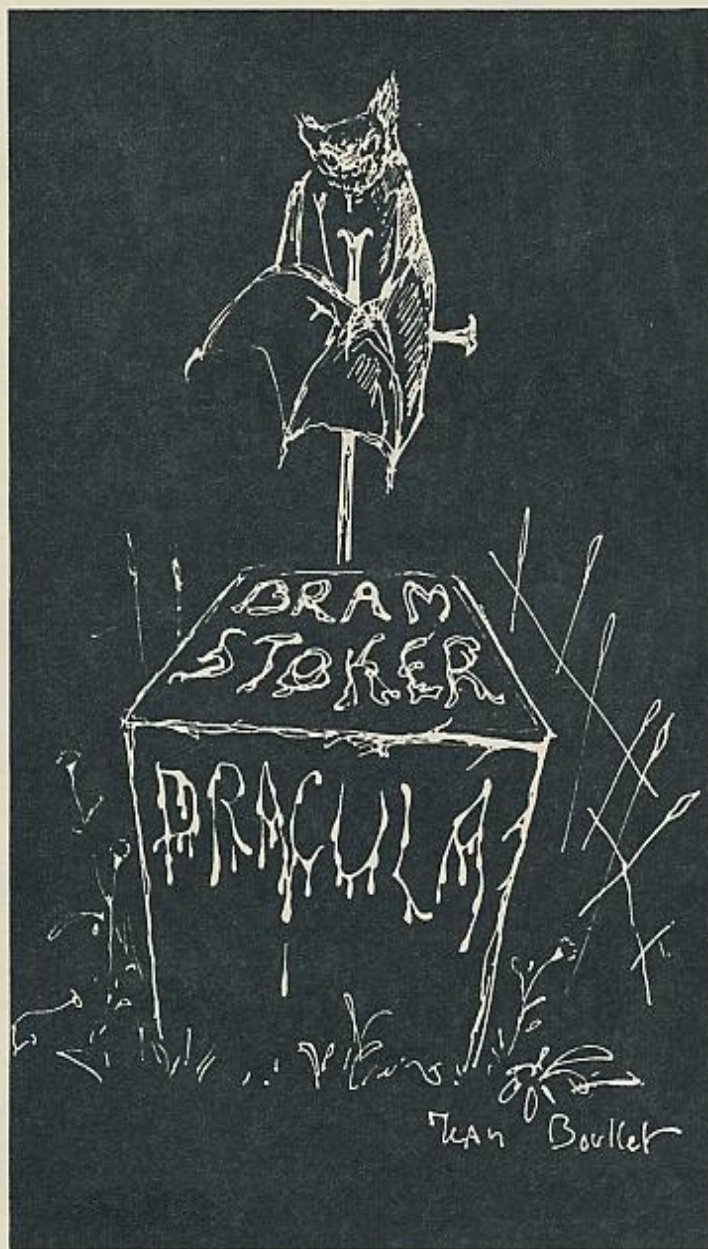
«Delante de mí —escribe Jonathan Harker en su meticuloso diario— había un viejo alto, bien afeitado, a excepción de sus largos bigotes blancos, y vestido de negro de pies a cabeza, completamente de negro, sin la menor mancha de color en parte alguna».

«—¿El Conde Drácula? —le pregunté.

«Inclinándose cortésmente, me respondió:

«—Sí, yo soy el Conde Drácula y le doy la bienvenida a mi casa, señor Harker. Entre, entre. La noche está muy fría».

ALFONSO SASTRE



El «Drácula», de Bram Stoker, interpretado por Jean Boulet.

Tal es el retrato que hace Bram Stoker de su famoso personaje. Citamos y traducimos de la versión francesa de Lucienne Molitor («Bibliothèque Marabout Géant», Verviers, Bélgica, 1963). Entonces apareció por primera vez el texto completo en francés, incluyendo, a manera de prólogo, el relato preliminar de la gran aventura: «Dracula's guest», que no se publicó hasta 1914, es decir, a los diecisiete años de haber publicado Stoker la novela y a los dos de su muerte; publicación póstuma, con lo que no le falta apenas nada de horror a la Noche de Walpurgis en que transcurren las primeras jornadas del honesto gestor administrativo Jonathan Harker, en su viaje al lúgubre castillo de los Cárpatos.

En otra página, inmediata, de este diario, se nos describe ya más reposadamente al funesto Castellano. Extraemos de su morosa descripción el siguiente retrato-robot del personaje para aviso de ciudadanos imprudentes. «Nariz aguileña. Frente ancha y abombada. Cabellos escasos en las sienes; abundantes en el resto de la cabeza. Cejas espesas, casi juntas, de pelos largos. Enormes bigotes. Expresión cruel. Dientes blancos y brillantes, particularmente puntiagudos, salientes. Labios de color rojo vivo. Orejas pálidas y puntiagudas por arriba. Mentón ancho. Mejillas hundidas, pero firmes. Palidez extraña».

Mucho después, en Inglaterra, Mina, la esposa de Harker, que habría de ser gravemente afectada por el proceso vampírico, nos lo describirá de la siguiente forma: «Al lado de la cama... había un hombre alto y delgado, todo vestido de negro. En seguida reconocí, por las descripciones que se habían hecho de él, el rostro color de cera, la larga nariz aguileña que se destacaba en el claro de luna como una fina línea blanca; los labios rojos entreabiertos y los dientes puntiagudos y blancos, y aquellos ojos llameantes que tenía la impresión de haber visto ya antes, cuando el sol poniente iluminaba las vidrieras de St. Mary's Church, en Whitby».

Tal es el personaje, y así sigue siendo hasta ser ejecutado por sus

«¿Qué voy a hacer? ¿Que podría hacer? ¿Cómo escapar a esta larga noche de terror?»

(Drácula, de Bram Stoker)



«La acción en el cementerio donde yace Lucy Westenra...».

víctimas después de atroz lucha y grandes sufrimientos en un ambiente fétido de sangre y degradación.

3 PERO, ¿HA EXISTIDO ALGUNA VEZ EL CONDE DRACULA?

El periodista Gene Smith afirmó hacer unos años, en su relato de un viaje a aquellos demoníacos lugares —situados en la República Socialista Rumana de hoy—, que Drácula era un desconocido por todos aquellos territorios, tanto entre las gentes como entre los funcionarios del turismo y los especialistas del folklore rumano.

«En la República Socialista de Rumania no hay condes», afirma que le contestaron una de las veces. Y estuvo en Bistritz, en cuyo

Hotel de la Corona de Oro pernoctó el señor Harker de la novela antes de emprender el fatídico camino hacia el Borgo Pass, y nadie supo darle razón de algún personaje histórico o de alguna leyenda emparentable con el vampiro.

Y, sin embargo, Tony Faivre, autor del prólogo a la citada edición francesa de «Drácula» y, sobre todo, del excelente libro «Les vampires» (Ed. Eric Losfeld. «Le terrain vague», 1962), afirma categóricamente la existencia histórica de Drácula: un feroz valaco del siglo XV, por cuya crueldad —ya que no por sus costumbres póstumas o su magia— es designado en algún documento como un «vampyr!». Tal caballero valaco, defensor de Transilvania, luchador contra los moldavos y contra los turcos, después de fingir a éstos sumisión y amistad, se proclamó en 1436 hijo o sucesor del príncipe Mircea,

llamado «Draco» o caballero de la Orden del Dragón, y fue conocido como el «Vlad Drakul». Faivre cita como autoridades a este respecto la «Histoire des Roumains et de la romanité orientale» (Bucarest, 1937), de N. Iorga, y al cronista turco Nehrri, según el cual este «Vlad» fue llamado Drákula desde 1438. El mismo Faivre ha encontrado las crueldades atribuidas a Drácula por los sajones —a quienes no dejaba en paz, hostigándolos a su manera— en dos de los manuscritos de Saint-Gall (o St. Gallen). Ciertamente en tales documentos no aparece magia alguna de carácter vampírico atribuible a Drácula, pero, en cambio, se nos informa en ellos de algunas actividades poco delicadas por parte del futuro vampiro, que acreditarían, según la leyenda, la legitimidad de su transformación: el vampiro nace ya porque es vampirizado por otro,

ya porque lo demoníaco de su vida le transforma —¿castigo de Dios?, ¿infierno secularizado?— en vampiro.

Así, por poner algunos ejemplos, se atribuyen a aquel patriota valaco los siguientes hechos:

1. Cócimiento de un gitano que había cometido un robo. La familia del gitano, que había venido a reclamarlo, fue obligada a comerse al gitano cocido.

2. Haber rajado con un cuchillo el vientre de una concubina que se decía embarazada con objeto de ver dónde estaba el niño.

3. Decapitación, después de una batalla, de una parte de sus enemigos, siendo obligada la otra parte a comerse las cabezas de sus compañeros. Acabada la comida, los comensales de cabezas eran a su vez decapitados.

4. Trescientos gitanos obligados a comerse entre ellos.

DRACULA

5. Madres obligadas a comer a sus hijos hervidos.

6. Cortar los senos a algunas mujeres y obligar a unos hombres a devorarlos para luego ser ellos empalados o, mejor dicho, «embrochés».

7. Asesinato, a lo largo del Danubio —¡bien es verdad que se trata de un río de curso muy largo!—, de 23.763 personas, sin contar las que fueron quemadas en sus casas. Esta contabilidad se refiere tan sólo a las cabezas recuperadas.

8. En 1458, asesinato en masa de 400 niños que venían a Valaquia con la intención de aprender el valaco.

9. En Kronstadt, destrucción de gran parte de la ciudad, ejecución de prisioneros, pasados a cuchillo, y almuerzo entre los cadáveres.

Antes de continuar, vayan dos notas sobre sendos temas surgidos ahora, al hacer el resumen de la citada documentación: los gitanos y la antropofagia.

a) En cuanto a los gitanos, es interesante anotar el papel que desempeñan en el desarrollo del mito vampíresco. En el «Drácula» de Stoker, por ejemplo, son personajes notables como cortejo del Conde. Pero, además, recuérdese la creencia común en algunos pueblos de que los gitanos roban los niños de los pueblos por los que pasan con objeto de «sacarles las mantecas». Es de recordar también (ver «Le vampire», de Ornella Volta, J. J. Pauvert, París, 1962) que los vampiros propiamente gitanos reciben el nombre de «mulos» —en lo que no se da ambigüedad alguna, dado que a los mulos propiamente dichos les llaman «chorós»—, palabra vinculada estrechamente con la idea de la muerte: «dar mulé», matar. «Mulo» es participio pasado de «merav», morir, informa Faivre. ¿Y quién no ha oído hablar a algún gitano español, con terror supersticioso, de «La Merivón!» (la Muerte). Esta palabra está recogida, por ejemplo, en «La Horda», de Vicente Blasco Ibáñez.

b) En cuanto a la antropofagia, se trata simplemente de señalar el parentesco vampirismo-antropofagia y recomendar sobre este último tema el documentado libro de Roland de Villeneuve «Histoire du cannibalisme» («Le Livre Club du Libraire», París, 1965).

Hemos hablado —y con esto volvemos al tema de la existencia histórica de Drácula— de «draco» (dragón) como posible origen de tal nombre. Pero no está de más saber que «drac» en rumano significa demonio, y «draculet», diablillo, y «draci», ser poseído. O sea, que el pérfido Conde Drácula sería históricamente hijo de un dragón y del mismísimo demonio. Al parecer, sus enemigos trataban de mofarse de él llamándole, con lúgubre broma, «Draculea».



Ilustración del dibujante Jean Boulet para «Drácula», 1960.

4 APARECEN, EN ESTE ENSAYO, LOS VAMPIROS

Con no poco temor y temblor recogemos aquí el tema de los vampiros, sin cuya elucidación andaremos perdidos en la caracterización del objeto (imaginario) de nuestro estudio.

La palabra —altamente polsemática— designa, por lo menos, seis objetos diferentes:

1. Cierta tipo de quirópteros; grandes murciélagos americanos, chupadores de sangre, especialmente de animales y de niños indefensos. Hay que decir que antes fue el vampiro humano y que de él trasladó Buffon el nombre a estos animales —hay uno, por ejemplo, que se llama «vampiro-espectro», y que no fue al revés (que el nombre vampiro fuera traído al fenómeno humano desde la Zoología), como generalmente cree la gente indocta en esta importante materia.

2. Cierta tipo de enfermos men-

tales: necrófilos (popularmente se llama vampiros a los profanadores de tumbas) y homicidas eróticos. Entre los necrófilos no homicidas es famoso el caso de Ardisson, «El Vampiro de Muy», a principios de siglo, en Francia, sobre el que corrió una balada popular, de la que traducimos algunos fragmentos (ver el libro de Villeneuve «Loups-garous et vampires»):

En Muy había un cementerio que estaba muy tranquilo en su rincón.

El guarda se llamaba Jean-Pierre y lo cuidaba con atención. ¡Pero el hijo Ardisson acecha la ocasión! Y cuando en los brazos de Morfeo soñaba el guarda sin temor, como una hiena sedienta venía a operar Ardisson. Con sus manos arañaba la tierra y se ayudaba con los dientes, ¡horror!

para arrancar el blanco sudario a fin de ver el interior.

¡Echemos el telón al instante! ¡Lo que sigue no es edificante!

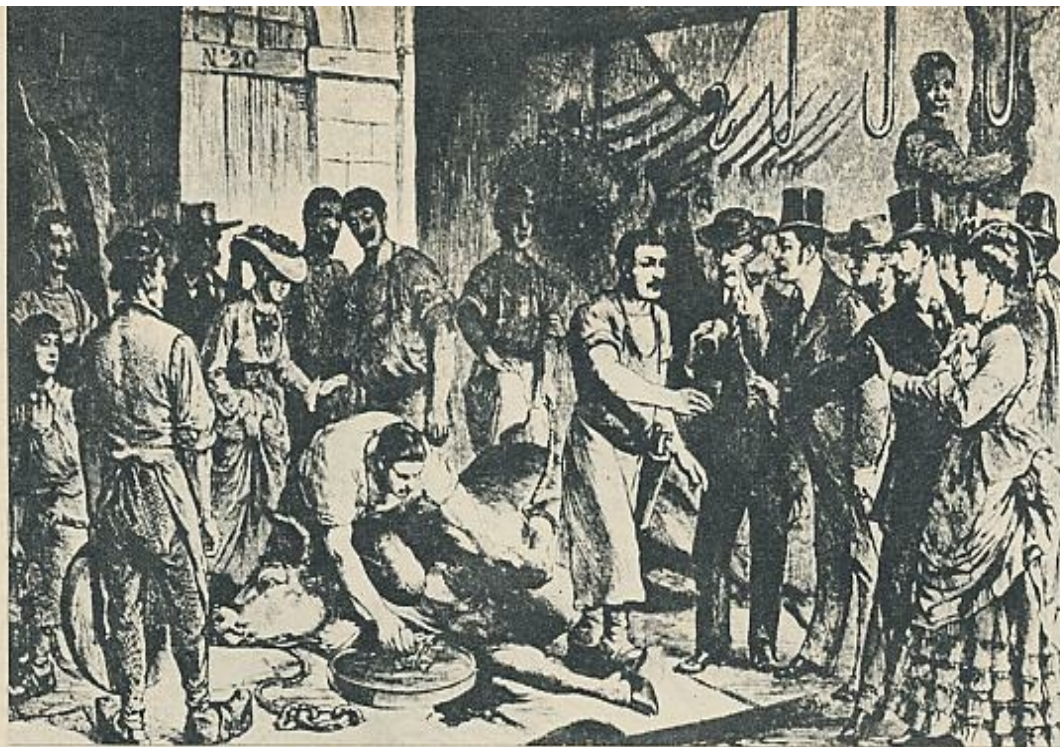
Entre los homicidas eróticos goza de justa fama Peter Kuerten, «El Vampiro de Düsseldorf», que fue ejecutado en 1931. Padecía de hematodipsia (sed erótica de sangre), y ya desde pequeño se aficionó a beber sangre de pato, cosa que, de no pasar a mayores, no hubiera tenido gran importancia: nadie designaba como vampiros, por ejemplo, a los señoritos y señoritas juerguistas de París que, de madrugada, a la manera como entre nosotros se buscaba el chocolate con churros, se iban a los mataderos de la Villette a beberse unos cuenquecillos de sangre fresca, con lo que se restauraban las fuerzas quebrantadas por los excesos de la noche. Pero el caso de Peter Kuerten se agravó cuando procedió a matar «por el placer de ver correr la sangre».

Otro caso famoso es el de John Haigh, «El Vampiro de Londres», que fue colgado en 1949. Había sido monaguillo y era un pianista romántico y «encantador». Pero su afición a beber con una pajita la sangre del cuello de sus víctimas le condujo a matar a nueve para efectuar dicha succión, y ello, junto al rigor de sus jueces, le llevó a la horca.

También podría traerse a colación aquí el caso de algunos famosos homicidas —sin remontarnos al ilustre Gilles de Rais (modelo histórico, al parecer, del «Barba Azul» de Perrault)—: hablamos del caballero inglés Jack the Ripper («El Destripador»), fuente también de poca literatura, y del caballero francés señor Landru como figuras de un museo «a la Grévin» o «a la Tussaud», al que nosotros podríamos aportar, con no poco orgullo patriótico, la figura del «sacamantecas», junto a las de —en el plano científico— La Cierva e Isaac



Cartel de la adaptación teatral de «Drácula», hecha por Enrique Rambal en 1943.



«... Los señoritos y señoritas jueguistas de París que, de madrugada, se iban a los cementerios de la Villette a beberse unos cuenquécitos de sangre fresca...».

Peral, inventores del autogiro y del submarino, respectivamente.

3. Ciertos tipos psicológicos absorbentes de la «sustancia psíquica» del otro. Hay ilustres reflejos literarios de este «vampirismo psíquico» en el gran Strindberg. Recordamos, por no ir más lejos, «Los acreedores».

4. Ciertas empresas (las capitalistas) o sus propietarios, agentes y dirigentes. (Es el sentido que Faivre llama «agiteur» del término.)

5. Ciertos seres de leyenda (míticos, imaginarios, folklóricos) que para Voltaire, en su «Diccionario filosófico», aparecieron en Europa a la par de las «luces» (siglo XVIII),

y según los investigadores más recientes, existen como tales desde tiempos arcaicos y en las más variadas civilizaciones, que les han nombrado de las más diversas formas: desde vampiros o upiros (sanguijuelas), hasta los brucolacos griegos o los «vurdalaks», que fueron famosos vampiros de costumbres familiares (véase, sobre este último tipo de vampiro, el excelente relato de Alexei Tolstói «La familia del vurdalak», y quizá el hispano-sueco «Vampiro de Uppsala», lejanamente inspirado en aquél).

6. Los vampiros literarios y artísticos, como los que acabamos de reseñar, más o menos basados en aquellos mitos, leyendas y su-

persticiones y con más o menos aportaciones propias del escritor o el artista. Por ejemplo, parece que en el folklore vampiresco rumano y oriental, en términos generales, no es conocido el sistema antivampírico de colgar ajos en las ventanas, sino que los ajos son empleados para meterlos en la boca del vampiro, además de clavarle la estaca en el corazón con objeto de destruirle. (Otro sistema folklórico de acabar con el vampiro es clavarle un clavo grande en la frente, pero este procedimiento, que nosotros recordemos, no ha sido recogido por la literatura culta.) Otro ejemplo de invención literaria: entre las posibilidades metamorfozicas del vampiro serio y folklórico no se halla, al parecer, la de transformarse en murciélago; sí en perro, en lobo y en otros animales. Pero aquí el tema vampirológico apunta a otro tema anexo: la licantropía, otra mala costumbre en cuyo estudio no podemos entrar aquí. Citemos, sin embargo, para los interesados en el parentesco entre vampiros y licántropos (hombres-lobo o *loups-garous*), el ya citado estudio de Roland de Villeneuve «Loups-garous et vampires» («La Palatine», Genève-Paris, 1963). «La licantropía y el vampirismo —leemos en este notable libro— deben colocarse entre los aspectos más lúgubres y quizá menos conocidos de la brujería. Los unen comunes vínculos que a primera vista no aparecen».

No insistiremos en la variedad de los vampiros, ya legendarios, ya extraídos de algún modo o en alguna parte de las viejas leyendas. Es conocido entre nosotros que el conde Potocki («Manuscrito encontrado en Zaragoza». Allianza

Editorial, Madrid, 1970) distingue entre los vampiros de Hungría y de Polonia, por un lado, y los vampiros de España, por otro. Aquéllos son «cuerpos muertos», y éstos «espíritus inmundos»; aquéllos vuelven para beber la sangre de los muertos; éstos se apoderan de determinados cadáveres para habitarlos y manifestarse a su través. En realidad, aquéllos responden a la idea más generalizada del «vampiro», familia de la que es notable miembro el «nosferat».

Pues bien, nuestro temeroso Conde Drácula —en el escalofriante relato de Stoker— pertenece precisamente a esta especie «nosferat» o «nosferatu», que dio título a la película de Murnau (1922), basada en la tan famosa como poco leída novela, de la que Oscar Wilde tuvo que decir que era uno de los más bellos relatos de la historia literaria: «¡Drácula!».

5 ¿QUE ES UN «NOSFERATU»?

«Sin duda alguna —nos dice el doctor Van Helsing, o, mejor dicho, les dice a sus aterrorizados interlocutores, en la página 374 de la citada edición de «Drácula» (hay una edición española reciente, pero no tenemos el gusto de conocerla)—, los vampiros existen...». Recordamos a este respecto que la antología que prologó Roger Vadim y que en España, un poco «aliviada» de contenido, se tituló «Vampiros entre nosotros», se acogió al inquietante lema: «La fuerza de los vampiros estriba en que nadie cree en ellos». (Por cierto, insignificante prólogo el citado de Vadim, acorde, al parecer, con el menguado valor de su film «Et mourir de plaisir», inspirado en el delicioso relato de homosexualidad femenina y vampirismo «Carmilla», de Sheridan le Fanu, joto irlandés inquietante: como Stoker, Wilde, Yeats y otros poéticos exploradores del misterio!)

«Hay que saber —prosigue el doctor Van Helsing, sin hacer caso de nuestra inaudible digresión— que el «nosferatu» no muere como la abeja, una vez que ha hecho su víctima. Por el contrario, se hace más fuerte, y siendo más fuerte, no es sino más peligroso. El vampiro que ahora se halla entre nosotros posee, él solo, la fuerza de veinte hombres; es más astuto que mortal alguno, porque su astucia se ha afinado en el transcurso de los siglos. Se sirve de la necromancia, arte que, como lo indica la etimología de la palabra, consiste en evocar a los muertos para adivinar el porvenir, y todos los muertos a los que se acerca están a sus órdenes. Es una bestia: un demonio sin piedad y no tiene corazón. Pue-



La primera edición de «Varney el Vampiro», precedente del de Bram Stoker.



Portada de la obra «Disertación Histórico-Filosófica sobre la Masticación de los Muertos» (1879).

DRACULA

de, con ciertas restricciones, sin embargo, aparecer donde y cuando quiere y bajo una u otra forma, a su elección. Tiene incluso el poder, en cierta medida, de hacerse dueño de los elementos: la tempestad, la niebla, el trueno, y de hacerse obedecer por criaturas inferiores, como la rata, el búho, el murciélago, la falena, el zorro y el lobo. Puede hacerse grande o empequeñecerse y, en ciertos momentos, desaparecer exactamente como si no existiera».

Tal es el «nosferatu» y, por tanto, tal es el «Drácula» de Bram Stoker, y, por tanto, tales son los caracteres del «nosferatu» analizados de la manera que acaba de verse en esta novela de terror.

6 AQUÍ, EL SEÑOR BRAM STOKER

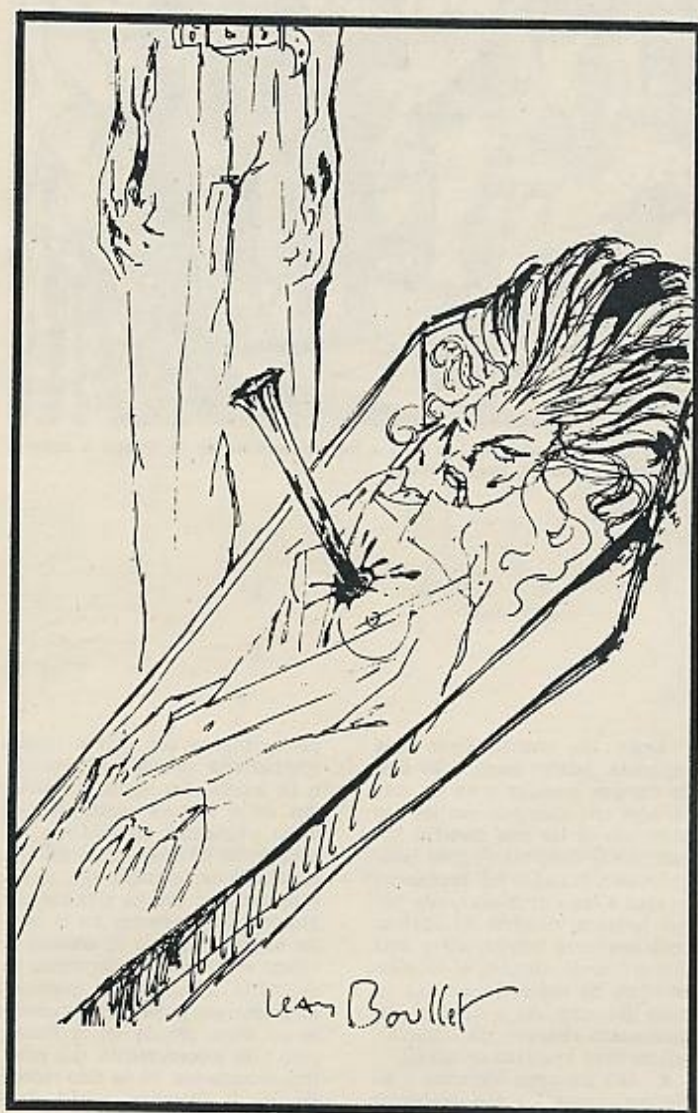
Figura poco conocida la de Bram Stoker hasta hace unos años, en que se publicó el libro de Harry Ludlam («A biography of Drácula, the story of Bram Stoker», Londres, 1963) y empezaron a florecer «Clubs de Amigos de Bram Stoker» en algunos países. Así, en Italia, donde tomó parte activa en la creación de dicho club nuestro amigo Valerio Riva. Y uno recuerda haber tratado entonces con él de la posibilidad de crear uno de estos clubs en Madrid, donde habría sido dedicado a estudios e investigaciones sobre el terror, tentativa que terminó sin otras consecuencias, como la mayoría de los proyectos que uno —lobo solitario, «malgré lui»— ha intentado llevar a la práctica.

He aquí, pues, una ficha sucinta de Bram Stoker.

Nace en Dublín, noviembre de 1847, como retoño de una modesta familia de funcionarios. Niño enfermizo y, por ello, infancia más bien desagradable. Dedicado a enérgicos ejercicios gimnásticos, llega a ser —y lo es toda su vida— un notable atleta, cosa que nos parece tan extraña como nos lo pareció, cuando nos enteramos en nuestra lejana adolescencia, de que Maurice Maeterlinck —el espiritual autor de obras tan delicadas como «La princesa Malena», «Pelaas y Melisenda» o «La muerte de Tintagiles»— había sido en tiempos un excelente boxeador. (No sería, desde luego, la última de nuestras decepciones...)

Estudios en el Trinity College. Pasión por el teatro (aberración no la peor de todas y que también nos sorprendió al conocerla de Jules Verne) y por la poesía de Walt Whitman. Editor de un periódico.

Parece ser que en 1871 descubre la «Carmilla», de Sheridan le Fanu, que le influiría enormemente, aunque hay autores que establecen otra obra, el «Varnay the Vampire



Entre los sistemas antivampiricos, además del consistente en colgar ajos en las ventanas, uno de los más expeditivos es el de clavarles una estaca en el corazón.

or the Feast of Blood», de Thomas Preskett Prest (Londres, 1847), como el antecedente más indiscutible de su «Drácula»: Drácula sería un Varnay embellecido por una superior calidad literaria, amén de varios y felices hallazgos narrativos y, sobre todo, de planteamiento. En 1897 publica «Drácula» en las Ediciones Constable. El mismo año estrena la obra teatral. Muchos años después (1924), Hamilton Deane repondría la obra en Derby, donde duraría la friolera de dieciocho años. Otro éxito póstumo...

En 1912 muere en Londres, des-

pués, como se dice, de larga y penosa enfermedad: seis años enfermo.

Nota final: Se sabe —aunque su biógrafo, Ludlam, no lo diga— que Stoker perteneció a la sociedad espiritualista «Golden Dawn in the Outer» —organización, al parecer, procedente en su espíritu de alguna rama de los rosacruces alemanes—, a la que pertenecieron William B. Yeats, Arthur Machen, Algernon Blackwood y Sax Rohmer. (Los lectores de literatura fantástica y de terror saben perfectamente de quiénes estamos hablando,

aparte la más ilustre figura de Yeats.) En la «Golden Dawn...» dicen que es donde Stoker conoció las temerosas vecindades del misterio por medio de la práctica, del compromiso mágico, y no como estudioso científico o «desde fuera», al modo de los actuales cultivadores del género.

Y que fue allí donde vivió la materia y tuvo las ideas de sus estremecedores relatos cortos: aquellos como el de la «Virgen de Nüremberg» (titulado «La mujer india») o «La casa del juez», cuento de casa misteriosa... Y desde donde, de una manera o de otra, habría de nacer como un aborto escupido por el infierno «Drácula»: ¡Largo viaje de un día hacia la noche!

7 «DRÁCULA» COMO AUTO SACRAMENTAL

Pero lo que «Drácula» tiene seguramente en el fondo es una danza macabra. O quizá sea un carnavalesco auto sacramental. La lucha entre el Bien y el Mal. Entre Dios y el Demonio. Entre lo angélico y lo satánico. Entre la Eucaristía y el Estigma Diabólico. Entre la pureza, por un lado —Lucy, Mina—, y la sensualidad y la perversión, por otro: Drácula. ¡Oh, «el atractivo que ejerce la Maldad»!

Recordemos un pasaje que abona esta condición autosacramental que encontramos en el «Drácula» de Stoker, montado todo él sobre el anhelo de inmortalidad y de salvación y sobre la creencia en la sangre como nuestra sustancia vital en el sentido de nuestra alma. (Atención al pensamiento mosaico de que: «la vida de la carne está en su sangre —ver Deuteronomio, 12, 23-24— y el pensamiento sanguinológico posterior del Nuevo Testamento, sin olvidar a nuestro teólogo, cirujano y corrector de pruebas Miguel Servet.)

La acción en el cementerio, donde yace —y no yace, dada su adquirida y satánica condición— Lucy Westenra, a quien el grupo de atribulados personajes, asesorados por el doctor Van Helsing, trata de salvar por el violento procedimiento de introducir una estaquilla en su demoníacamente incorrupto corazón.

La tumba, en efecto, está vacía. Lucy ha salido a «alimentarse» porque es de noche. Y «aunque es de noche», la Batalla del Angel contra la Bestia (en estos términos maniqueo-caldero-pemanianos) no cesa. El doctor Van Helsing, una vez fuera del mausoleo, rodeado de sus inquietos compañeros, está procediendo a una extraña operación. Ha sacado algo del bolsillo. «Parecía una galleta delgada... cuidadosamente envuelta en un paño blanco...



Chupan la sangre y, a veces, la «sustancia psíquica» de los seres vivos.

Dos puñados de una sustancia blanquecina, una pasta o cosa así».

Nadie respira en la noche lúgubre bajo la Luna.

«Migó la galleta y, trabajándola entre sus manos con la pasta, no hizo más que una sola masa. En seguida procedió a cortarla en láminas delgadas, con las que hizo finos rollos para colocarlos unos detrás de otros en los intersticios de la puerta de la tumba».

Evidentemente, se trata de que la vampira Lucy no pueda refugiarse al amanecer en su fúnebre habitáculo.

«—Pero, ¿de qué se sirve usted?»

Era Arthur quien acababa de hacer esta pregunta. Van Helsing se descubrió en señal de respeto, mientras responde que ha traído, mediante licencia, de Amsterdam, una hostia consagrada.

Un poco de música y de resplandor, y casi tendríamos la atmósfera típica del auto sacramental.

Lo que sí parece una aportación a la teología de los autos sacramentales es el hecho, aquí evidente, de la no identificación de los conceptos de «salvación» e «inmortalidad», los cuales aparecen más bien, en Drácula y otros vampiros ejemplares, como términos antitéticos. La inmortalidad se conseguiría a costa de la salvación (Drácula es un condenado), y la salvación, a costa de la inmortalidad: Lucy se salvará cayendo definitivamente en el mortal reposo de la nada, a la espera, ¡ay!, de una prometida resurrección de los cuerpos, regresados ahora al polvo del que un día se elevaron a la vida humana, al éxtasis de la existencia temporal.

Por lo demás, veamos que «Drácula» es una historia de aparecidos —en la mejor tradición del cuento de miedo— y lleva como ingrediente «el placer de morir» —místico en Teresa— como una vivencia masoquista despertada por la imaginación y, al mismo tiempo, templada por ella: Nos imaginamos al vampiro en el marco de la ventana (terror), pero precisamente es imaginario (es y no es terror: he aquí una vivencia «artística»). Se siente la voluptuosidad de dejarse caer, de tocar fondo (*katabasis eis antron*) sin movernos del sitio confortable en que leemos la novela o vemos la pieza. ¡Se nos va y no se nos va la vida!

En lo dicho ahora hay observaciones que creemos válidas para la literatura de terror en general: traten o no traten de Drácula.

rio, las andanzas públicas del glorioso vampiro. Nuevas ediciones con ilustraciones «ad hoc», adaptaciones teatrales y, ¡sobre todo!, cinematográficas, reconstruyen, rehacen, restauran, retocan una y otra vez su macabra figura, que, desde luego, empieza pronto por perder los bigotes.

Pero prescindiendo ahora mismo de estos trabajos más o menos globales y más o menos fieles o libres, del tema específicamente draculiano, vamos a reseñar dos breves intentos de continuación, bien modesta por cierto, del libro: Drácula no habría muerto en el momento en que su muerte es reseñada por Stoker y... ¿y qué? Uno de ellos es un relato de Stephen Vertlieb, titulado «Dracula revisited» (1968). El relato continúa a la manera del de Stoker (en forma de cartas y diarios íntimos), y después de una breve resurrección y nuevos terrores, asistimos al definitivo acabamiento del monstruo en su castillo de los Cárpatos.

El otro, brevisimo, se titula «Embarkation of Evil» (W. S. Cobun, Jr. 1966), y en él asistimos a la instalación sigilosa del Conde Drácula y sus atadés de arena patria en un barco donde piensa viajar alimentándose de la sangre de los marineros. Ya el barco fuera del puerto, en la noche, Drácula se abalanza sobre el timonel, pero no puede agarrarlo: es incorpóreo. ¡Se ha embarcado sin darse cuenta en el Barco Fantasma! ¡El holandés errante! Nunca más tocarán puerto, y a bordo no hay sangre alguna que beber. ¡Terrible destino el de este Drácula moribundo! En cuanto a tratamientos específicos del «Drácula» de Stoker, sin olvidar testimonios plásticos (como las ilustraciones de Jean Boulet) y algunos poemas y escenificaciones, o relatos directamente basados en el

Conde, transfigurado a veces en Barón, como en «Cenizas con cenizas, muerte con muerte», de Sathanas Rehan y G. John Edwards, hay que indicar, sobre todo, la gran floración de Dráculas cinematográficos. Para una cumplida información sobre este tema hay que remitir al número que la revista «Midi-Minuit Fantastique» dedicó a «Drácula» (enero 1963), donde Jean-Claude Romer, destacado draculólogo, da una exhaustiva filmografía hasta aquellas fechas. Muy notable es también la bibliografía.

Pero no es posible dejar de citar aquí, aunque sea a título de recordatorio, algunos films famosos. Ya hemos nombrado antes, incidentalmente, el «Nosferatu», de Murnau (1922), directamente basado en la novela de Stoker. Su acción se sitúa en 1835, entre Viborg y el castillo de los Cárpatos. Seguramente muchos recordamos sus ásperas imágenes. El «Vampyr» o la extraña aventura de David Gray, de Dreyer, parte, sin embargo, de Sheridan le Fanu, y trae un caso de vampiro femenino: el de la vampira Margerite Chopin, nieta —aunque no proceda de ella— de Carmilla, o bien de la Clarimonda de «La morte amoureuse», de Teófilo Gautier. No será poca la descendencia literaria de estas vampiras. He ahí a la «duquesa Opolchenska», que se alimenta de guardas en el estremecedor relato «El guarda del cementerio», de Jean Ray, indudable maestro del género fantástico y de terror, a quien debemos ese otro relato vampírico que es «la diosa-tigre» sobre aquel internado de niños sobrealimentados y cada vez más pálidos y débiles. He aquí a la «señora Anworth», de Edward Frederik Benson: por fin, una vampira burguesa, de la vida cotidiana de una ciudad pequeña. He aquí mismo,

aunque nos esté mal el decirlo, a «la vampira Amalia» de nuestras «Noches del Espíritu Santo»: ¡Primera vampira proletaria de la Historia! Y como vampira campesina —convertida en «no muerta» por el hecho de ahorcarse—, he aquí a «Frau Blecher», la «upira» de «Flores de Thüringen», de Wade Wellman. En fin, dentro aún de esta digresión femenina, no es posible dejar de mencionar la rama «vampiresa» o «vamp», asociada al tronco propiamente vampírico por el carácter de «mantis religiosa» de este tipo de mujer poliándrica; devoradora de hombres, aspiradora de su sustancia por medio de besos prolongados, succionadores y mortales.

Sigamos con los Dráculas cinematográficos. Es Tod Browning el que, después de su experimento vampirofilmico «London after midnight» (1927), con Lon Chaney, trae las gallinas que habrían de seguir produciendo, durante muchos años y hasta hoy, determinado tipo de huevo terrorífico: el «Drácula» de 1931, con Bela Lugosi, el cual, como se sabe, acabó altamente vampirizado por su personaje. Vendría luego (1933) «La marca del vampiro», por el mismo tándem Browning-Lugosi, apoyado ahora por la extraña belleza de la vampira Carol Borland. Es de este film del que nos cuentan (J. Boulet) que cuando se proyectaba en París, en 1935, provocaba tales crisis nerviosas, que hubo que situar una ambulancia en la puerta del cine para recoger y asistir a los afectados. Por entonces, la prensa de París prometía un premio de un millón de francos a quien se comprometiera a ver la película solo y a media noche. Lo que no sabemos es si la avalancha de voluntarios produciría algún desorden público.

La segunda serie de «Dráculas» importantes llegaría mucho después con Terence Fisher, que hizo en 1958 —confiando felizmente a Christopher Lee el papel de vampiro y a Peter Cushing el de doctor Van Helsing— su «Horror of Dracula» (o «Le cauchemar de Dracula»), y en 1960, «Brides of Dracula» (o «Les maîtresses de Dracula»).

Es muy digna de recordación, asimismo, la serie mexicana, barroca y pródiga en efectos sangrientos y escalofríos. Vaya como una muestra «El vampiro» (1950), de Fernando Méndez. ¿Y cómo salirnos del cine sin citar —aunque el abuelo Stoker esté aquí a medias olvidado y, en lo que queda de él, muy matizado y enriquecido— «El baile de los vampiros», de Polanski? Que nos place...

Hemos hablado tan sólo de algunos films vistos —¿o «visionados»?— por nosotros.

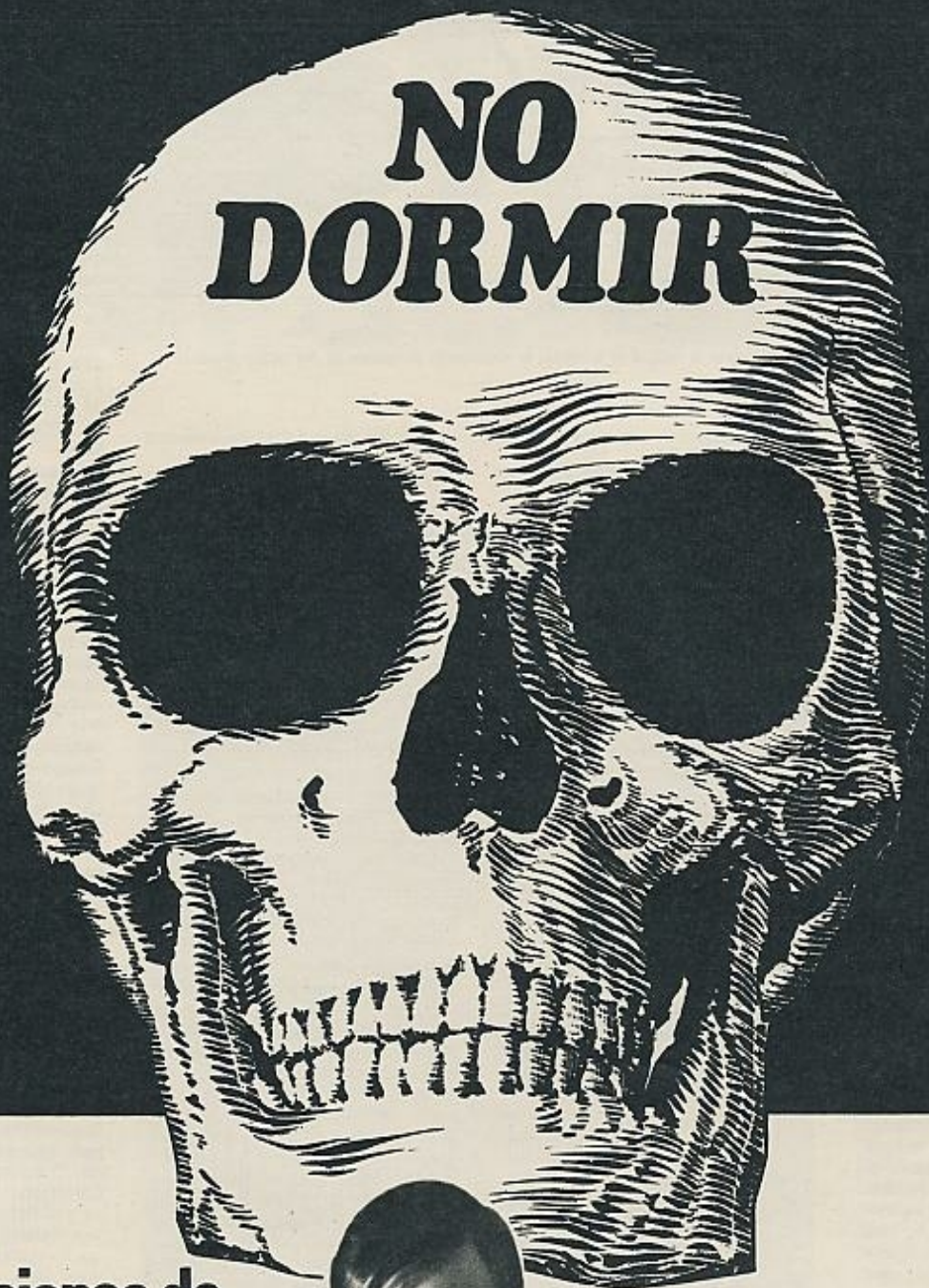
Uno, aunque menor, pudo ver y vio el «Drácula» de 1931, en el que creemos recordar que un actor español había de Renfield, el obseso devorador de moscas— y no re-

8 DRACULA REDIVIDO

Con el final de la novela «Drácula» —la muerte del personaje entre los calés rumanos que le escoltan— no terminan, sino al contra-

HISTORIAS PARA

NO DORMIR



narraciones de
TERROR

por **NARCISO
IBAÑEZ
SERRADOR**



«... Por eso, cuando me encargaron seleccionar narraciones y cuentos para publicar unos libros de «evasión», decidí recopilar en ellos los más espeluznantes relatos de terror de ayer, terror de hoy, de mañana, terror que a algunos asusta, a otros divierte, a otros entretiene, pero, eso sí, que a ninguno aburre...»

PRECIO 20 PTAS.

apartado 14.305

DRACULA

cuerda menos, sino más, la propaganda de «La hija de Drácula»: «más sanguinaria y cruel que su padre».

En años también lejanos, pero menos —y con ello nos pasamos al teatro—, tuvimos estas otras visiones: el «Drácula» de Enrique Rambal, en el teatro Fontalba, de Madrid (1943). Adaptación en veinticinco cuadros y treinta y tres personajes. Copio la acotación de su cuadro primero:

CUADRO PRIMERO

LOS VIEJOS PERGAMINOS DICEN QUE LOS VAMPIROS EXISTEN

(Telón corto sobre fantasía de vampiros y con un viejo pergamino en el que se lee: Los vampiros son unos seres siniestros que durante el día yacen como cadáveres en sus tumbas y al llegar la noche salen de ellas como espectros para chupar poco a poco la sangre de los vivos hasta matarles. El último de estos monstruos pertenece a la familia de los Drácula y tiene su antro en un viejo castillo enclavado en los Cárpatos. Oscuro y mutación.)

Quizá faltaba aquí una definición sencilla de los vampiros. He la, pues, más arriba. Son sus autores el mismo don Enrique Rambal y quienes fueron sus colaboradores en aquella versión para el teatro: don Manuel Soriano Torres y don José Javier Pérez Bultó.

Otros vampiros teatrales que pueden recordarse son el drama fantástico de Alejandro Dumas, padre, «El vampiro» (en cinco actos), que se estrenó en 1851, como bisabuelo de los vampiros actuales. En España, hace bastantes años, se estrenó un «Vampiro» de Leopoldo Martínez Fresno, y hace más años aún, una pieza de Luis Escobar titulada «El vampiro de la calle de Claudio Coello», cuyo contenido ignoramos.

9 LA LEYENDA DEL VAMPIRO Y FIN

Los trabajos sobre este tema suelen terminar con una referencia a la notabilísima novela de Richard Matheson «I am legend». Cumplamos —por cierto, muy gustosamente— con esta joven tradición, no sin antes señalar de paso un buen «cuento de vampiro» del que, hasta ahora, no se ha hecho mención aquí: «Una cuestión de identidad», de Robert Bloch (autor también del relato «El vampiro estelar»). Cierta noche se despierta en una mala situación: está dentro de una tumba. Le han enterrado vivo. Logra salir y, desde el cementerio,

se dirige a la ciudad en la noche. ¿Quién es? No lo recuerda. Amnesia. Una cuestión de identidad. Ahora siente una sed y un hambre extraños. La revelación llega por fin: se ha convertido en vampiro. Molesta situación. Un Drácula anacrónico y provinciano. Un noctámbulo «malgré lui»...

En cuanto a «Yo soy leyenda», se trata para nosotros de un excelente híbrido de ciencia-ficción y terror. El mundo ha cambiado de signo: una peste vampírica ha cambiado la faz de este planeta. Toda la Humanidad ha devenido vampírica: el sueño de Drácula realizado. Toda la Humanidad... menos Robert Neville, que se conserva no-vampiro y se fortifica en su casa con ajos y otros procedimientos, y sale por el día a matar vampiros yacientes y a acopiar víveres y otros elementos de subsistencia. Alucinante situación: atroz acoso. En algo recuerda su cerco al que sufren los personajes del reciente film «La noche de los muertos vivientes» en la casa de campo. El vampiro, en la novela de Matheson, «ya no es una leyenda»: «es» la realidad. Y Robert Neville —"I"— es la leyenda... Sólo que, de momento —como dice el poeta—, «en el castillo de Drácula no hay nadie...». Amén. ■ A. S. Madrid, febrero 1971.

ALGUNA BIBLIOGRAFÍA EN CASTELLANO

«Drácula». Editorial Taber. Barcelona. Tenemos buenas referencias de esta versión. Hay una edición anterior: Colección Lay. Barcelona, 1952.

«Antología de cuentos de misterio y terror». Prólogo de J. J. López Ibor. Editorial Labor, 1958.

«Cuentos de terror». Antología y prólogo de Rafael Llopis. Ediciones Taurus. Madrid, 1963. Contiene «La casa del juez», de Bram Stoker.

«Los mitos de Cthulhu». Excelente estudio y antología por el mismo R. Llopis, a quien creemos el mejor especialista entre nosotros por lo que se refiere a estas materias, aunque no sabemos que haya dedicado especial atención al vampiro. Alianza Editorial, Madrid, 1969.

«Vampiros entre nosotros». O. Volta y V. Riva. Plaza & Janés. Barcelona, 1963.

«Narraciones terroríficas». Ediciones Acervo. Barcelona. Conocemos ocho volúmenes. El tomo IV contiene «La mujer india», de Bram Stoker.

«Las mejores historias de horror». Recopiladas por Forrest J. Ackermann. Esta es, a nuestro juicio, una de las mejores antologías. Editorial Bruguera. Barcelona, 1968.

«Las mejores historias insólitas». Misma editorial. 1967.

«Las mejores historias siniestras». Selección de Laurette Naoni Pizer. Misma editorial. 1968.

«Antología de la literatura fantástica española». José Luis Guarnier. Misma editorial. 1969.

«Obras escogidas de Jean Ray». Editorial Aguilar. Madrid, 1965. Para mejor conocimiento de Ray: «Oeuvres complètes». Robert Laffont. París, 1963.

«Yo soy leyenda», de Richard Matheson. Editorial Minotauro. Buenos Aires.

«El terror volvió a Hollywood», de Robert Bloch. Prólogo nuestro. Ediciones Cuenta Atrás. Madrid, 1970.

«Las Noches Lúgubres», de Alfonso Sastre. Editorial Horizonte. Madrid, 1964 (agotado). ■ A. S.

OPS

